

Dimensión humana del fenómeno social

Parece en principio abisma! la diferencia que se para aquélla nación arriscada y radical, aquélla España, desgarrada y gloriosa en su misma decadencia, del país en que hoy vivimos. El español, naturalmente extremoso y levantisco parece haber sido conducido hacia una situación, remansada y tranquila, donde el calor de la afirmación tajante o el frío helado de la discrepancia han sido sustituidos por el tibio caldo del contraste de pareceres. La vehemencia sólo tiene lugar y cabida cuando respalda posiciones palmarias o apriorismos convencionales.

Pocas veces se ha afirmado tanto el carácter nacional de un Estado. Pocas veces las vo-

ces de los políticos, las espadas de los militares, las plumas literarias y las mitras episcopa-

les han unido tan al unísono sus voces, en el apoyo de un Estado que garantiza un orden público en cuyo seno puede el ciudadano hallar cauce adecuado para sus legítimas aspiraciones. Pocas veces el soberano pueblo ha gozado en la historia de nuestro país del nivel de vida que hoy disfruta.

Prensa, radio y televisión, a través de programas informativos, artículos, noticias y hasta concursos, subrayan el resurgir de nuestro país, tanto en el ámbito exclusivamente nacional como en el internacional.

La prudencia y sabiduría de los que diariamente conducen la nave del Estado, ha sabido, justo es reconocerlo, llevarla a buen puerto en el corazón de los españoles.

Nación y Estado

Por ello resulta doblemente arriesgado tomar la pluma para llamar la atención sobre un hecho que no por evidente puede ser por más tiempo silenciado o pasado por alto. Nos referimos concretamente al divorcio que existe hoy en España entre Nación y Estado. Entiéndasenos bien. Utilizamos categorías, conceptos acuñados por el Derecho Político. en su estricto sentido técnico. no en el vulgar de la palabra. Y decimos doblemente arriesgado, porque creemos que ni el Estado ni la Nación son plenamente conscientes de este divorcio de hecho que aquí denunciaremos.

La Nación no se siente incorporada al Estado. Contempla a éste, en el mejor de los casos como una estructura de hecho, al modo existencialista, cuya presencia acepta como algo que le es ajeno, sin pronunciarse sobre ella, sin emitir juicios de valor. El Estado, en una actitud peligrosamente narcisista crea una Nación a su imagen y semejanza, una Nación ficticia, que poco o ningún parecido tiene sobre aquélla en la que asienta su estructura.

Responsabilidad compartida

La verdadera raíz del problema reside en el manifiesto desinterés del español por la cosa pública, por lo que en realidad es política—que no lo es

la sorda y sucia lucha de grupos o personas en ávida busca de Poder—, por lo que en el fondo hace palpar el corazón del pueblo: la creencia de vivir una empresa común mayoritariamente definida. Y no puede, por otra parte, culpase al hombre individual de esta actitud, de ésta su desvinculación por lo que debe ser de interés público. ¿Para qué va a aportar su esfuerzo a una empresa en la que todo es perfecto? ¿Qué necesidad tiene el Estado de su ayuda, de su crítica, de su manifestación de opinión interesada si habita ya en el mejor de los mundos posibles? Vuelve, pues, el hispano, su mirada hacia campos más pequeños donde su actuación es o puede ser decisiva y en ellos se manifiesta. Pero esto nos lleva a afirmar que de otra parte no cabe engañarse tampoco sobre la actitud nacional. Cada miembro de la comunidad voluntariamente marginado de la estructura estatal alienta, aún al débil fuego de la intrascendente tertulia de café, un vago deseo de intervenir, de cambiar, de hacer expresa manifestación de voluntad en cuanto miembro activo de la Nación. Pero las consideraciones a, que antes nos referimos, le hacen consciente de la inutilidad, cuando no de la inconveniencia de su esfuerzo aislado. "Así—decía Hamlet—se apaga el fuego natural de la osadía, de la prudencia del pávido reflejo."

Integración de la persona

Naturalmente que todas estas observaciones son igualmente válidas, en nuestra opinión, en niveles más reducidos de convivencia. El desinterés del pequeño accionista en la marcha de la empresa, en tanto en cuanto

cobre su dividendo, sólo es comparable al del empleado de la misma empresa, en tanto en cuanto su salario cubra sus auténticas necesidades vitales. En estos niveles, como en el nacional, el individuo sólo reaccionará y adoptará posiciones activas, incluso de violencia, cuando sienta estafados, burlados, sus legítimos intereses.

Interés frente a indiferencia

Pero ésta, por muy comprensible que sea, no deja de ser una actitud egoísta. Por encima del interés del individuo, por encima del interés del grupo, está el interés de la colectividad. Es precisamente este interés el que el Estado debe encauzar y, cerrando el círculo, descender (ascender, diríamos con más exactitud; porque siempre el hombre será un valor supremo y nunca el Estado) hasta el último miembro de la Comunidad Nacional para recoger el eco vibrante de su sentir. En caso contrario, de nada valdrá mojar los campos secos porque éstos podrían arder como una antorcha si una mano desesperada o ciegame los encendiera. Y estas hogueras, nuestra historia lo demuestra, sólo dejan cenizas y amarguras. La verdadera paz no puede estar solamente en los espacios idílicos de la televisión ni en unas calles tranquilas. La paz sólo puede encontrarse en el corazón de unos hombres empeñados con fe en una tarea común, donde haya adversarios, pero no enemigos, donde existan creencias opuestas, pero no desinterés; en suma, donde haya pasión, pero no indiferencia.

España no es tibia. Lo sé porque estoy aquí. Creerlo de otra forma, en frase de Talleyrand, sería peor que un crimen: una torpeza

Retorno y fuga de cerebros

Entre las novedades que supondrá la actual política educativa española y dejando a un lado el tema (que, por desgracia, sigue viéndose algo nebuloso) de la gratuidad, muy pocos proyectos habrán producido tan unánime alborozo como el anunciado de hacer volver a nuestra patria a algunos de los científicos españoles que trabajan en el extranjero.

Juan Ruiz se adhiere, por supuesto, a la alegría por un hecho que remediará—parcial y tardíamente—una injusticia, y que sólo beneficios puede producir para nuestra ciencia. Sin embargo, conviene no lanzar las campanas al vuelo e intentar enfocar el problema con el máximo realismo posible.

Ante todo parece preciso preguntarse si estas personalidades podrán o no alcanzar aquí un rendimiento científico comparable al que han tenido en otros ambientes. Para investigar con eficacia, por ejemplo, es preciso poseer un horario suficientemente descargado de horas de clase como el que poseen estos profesores en Norteamérica. Pero los profesores de Universidad o de Enseñanza Media española son funcionarios a los que, ante todo, se exige el cumplimiento de una jornada de trabajo muy severamente marcada, con independencia de que la aprovechen eficazmente o se limiten a "llenar horas" con rutina.

¿Condiciones privilegiadas?

Al reflexionar sobre estos puntos—podríamos citar cien más del mismo estilo—nos preguntamos qué sucederá con esos profesores e investigadores que, según parece, van a volver de las Universidades americanas: ¿Se estrellarán contra el cúmulo de dificultades que en España se oponen al profesor que quiere investigar con seriedad, o es que van a disfrutar de unas condiciones privilegiadas, no compartidas por sus nuevos compañeros, los profesores españoles que—por la causa que fuere—se quedaron aquí?

Hay otro aspecto del problema que queremos recordar: quizá van a volver a España algunas grandes figuras. Algunos de los que se han citado poseen ya una edad avanzada y desde luego, servirán más para poner en marcha unos trabajos que para realizar aquí una labor duradera. En muchos, posiblemente, a la hora de volver va a pesar la nostalgia de la patria tanto o más que los proyectos de trabajos concretos. Pero, mientras esto llega a realizarse, todos los días salen de España muchísimos jóvenes bien dotados que, al acabar sus estudios, no encuentran aquí posibilidades decentes de vida y de trabajo científico. Y, muchas veces, son precisamente los más valiosos los que, hartos de chocar con el ambiente desmoral-

izador, se van de España dejando campo libre a los que disfrutan de algún padrinazgo o, sencillamente, a los que carecen de ambiciones científicas y sólo aspiran a vivir tranquilamente como funcionarios de la enseñanza. Esta sangría continua—nos parece—no es en absoluto comparable al hecho de que vuelvan algunas grandes figuras a concluir aquí apaciblemente su carrera.

Muchos años de sangría

Si el país poseyera un mínimo de sensibilidad para lo que, en el mundo de hoy, representan la educación y la ciencia, no podría por menos de espantarse ante esta cotidiana fuga de cerebros jóvenes que no desearían marcharse y que, quizá, dentro de treinta años se intentarían recuperar con una nueva operación de política cultural. Nadie puede calcular las pérdidas que esos treinta años habrán representado para España.

Retribución y medios adecuados

A nadie se le ocultará, por otra parte, la necesidad de una retribución adecuada y de unos medios suficientes para que sea posible la investigación. A nadie se le oculta, pero los grupos de nuestras Facultades siguen rebasando muy ampliamente el número ideal de cincuenta alumnos previsto en la ley de Educación. Todos lo vemos claro, pero—como ya se expuso con detalle en esta misma sección—más de la mitad del profesorado de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid siguen siendo Encargados de Curso elegidos a dedo, por la sencilla razón de que no hay medios para pagar a profesores con más estabilidad y garantías de eficacia. No hace falta hablar de la necesidad de contacto entre profesor y alumno, pero la Universidad madr-



—Y pensar que si aquí hubiese problemas raciales, nosotros seríamos los negros!